

**ACTES DEL VII CONGRÉS
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**
(Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997)

Volum II

EDITORS:

SANTIAGO FORTUÑO LLORENS

TOMÀS MARTÍNEZ ROMERO



**UNIVERSITAT
JAUME·I**

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT JAUME I. Dades catalogàfiques

Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Congreso Internacional (7è : 1997 : Castelló de la Plana)

Actes del VII Congrès de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval : (Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997) / editors, Santiago Fortuño Llorens, Tomàs Martínez Romero. — Castelló de la Plana : Publicacions de la Universitat Jaume I, 1999

3 v. ; cm.

Bibliografia. — Textos en català i castellà

ISBN 84-8021-278-0 (o.c.). — ISBN 84-8021-279-9 (v. 1). — ISBN 84-8021-280-2 (v. 2). — ISBN 84-8021-281-0 (v. 3)

1. Literatura espanyola-S. X/XV-Congressos. I. Fortuño Llorens, Santiago, ed. II. Martínez i Romero, Tomàs, ed. III. Universitat Jaume I (Castelló). Publicacions de la Universitat Jaume I, ed. IV. Títol.

821.134.2.09"09/14"(061)

Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà (elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé de fotocòpia) sense autorització prèvia de la marca editorial.

© Del text: els autors, 1999

© De la present edició: Publicacions de la Universitat Jaume I, 1999

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I
Campus de la Penyeta Roja. 12071 Castelló de la Plana

ISBN: 84-8021-280-2 (segon volum)
ISBN: 84-8021-278-0 (obra completa)

Imprimeix: Castelló d'Impressió, s. l.

Dipòsit legal: CS-257-1999 (II)



ESCRITURA Y TRADICIÓN/TRAICIÓN EN EL CONDE LUCANOR DE JUAN MANUEL

LAURENCE DE LOOZE

University of Western Ontario

A PARTIR de la caída del hombre, el mundo postedénico del medioevo cristiano sufre la mediación como una maldición. Desde los tiempos de Adán, la humanidad, viéndose negada a la experiencia de la verdad o de Dios *facies ad faciem*, está condenada a un mundo de escritura en el más profundo de los sentidos. En otras palabras, el hombre debe descifrar la inescrutable voluntad de Dios a través de las cifras de este mundo. No obstante el carácter corrupto de la voluntad humana y, a pesar del hecho de que el hombre no es otra cosa que un lector imperfecto, el semiólogo cristiano tiene la responsabilidad moral de leer e interpretar.¹

San Agustín llevó a la Edad Media el pensamiento clásico respecto a la naturaleza de los signos y su significación, modificándolo sustancialmente. Tanto sus teorías como sus reservas respecto al peligro de la sensualidad de los signos —en especial los literarios— son bien conocidas y han sido expuestas repetidas veces en sus escritos. En *De doctrina christiana*, San Agustín explica que salvo unos pocos «signos naturales» como «fuego», «lágrimas», para los que no hay salto diferenciador entre significante y significado, los signos, en general, son convencionales. De ahí que la relación que se establece entre significante y significado sea arbitraria y determinada por el consenso social, y evidentemente el salto de dicha arbitrariedad es materia de la retórica. También se opone y se lamenta a que se disfrute (*fruor*) el signo *qua* signo, una forma de lectura caracterizada por *cupiditas* y la *concupiscentia*, puesto que lo que uno debiera hacer es usar (*utor*) el signo. A este «uso» (*usus*) del signo, San Agustín lo llama amor *caritas* —o sea al amor desinteresado por su indiferencia al placer del signo y que sólo se deleita con el significado divino, es decir, Dios.

Don Juan Manuel, intelectual heredero de San Agustín, estaba consciente de los modos en que un signo podía a la vez revelar y velar, descubrir y encubrir. El manuscrito 6376 de la Biblioteca Nacional, compendio de la totalidad de es-

1. Me gustaría expresar mi deuda intelectual al trabajo iluminador de James Burke, «Counterfeit and the Curse of Mediacy in the *Libro de buen amor* and the *Conde Lucanor*» (Burke, 1989).

critos de don Juan Manuel, tiene dos prólogos en los que discute sobre el proceso de composición de su libro, una vez en tercera persona, otra en la primera. A efectos de mi argumentación, no interesa aquí cuál de los prólogos fue escrito primero como tampoco si ambos fueron específicamente escritos para *El conde Lucanor* o no. Para mayor simplificación haré de cuenta como si ambos lo fueran. En efecto, de haber escrito dichos prólogos,² es notable que don Juan Manuel exprese dos veces su ansiedad respecto a la *semejança* de la significación, es decir, en cuanto a los deslices producidos por la insuficiencia del signo. Dicha ansiedad se expresa precisamente en el momento en que lleva a cabo la revelación de su mensaje por medio de las *semejanças*. A sabiendas que es imposible lograr un mundo de absoluta presencia eterna en esta vida, don Juan Manuel debe resignarse a la movilidad, a la diferencia y a lo que la crítica postestructuralista, siguiendo a Derrida, llama *différance*.³ Don Juan Manuel introduce dicha movilidad o desliz y luego lamenta el no poder darle un límite.

En lo que ahora sigue, bosquejaré las cuatro maneras en que el proceso de la escritura amenaza con subvertir precisamente lo que don Juan Manuel espera lograr a través de la misma.

Estas son: 1) la distancia inevitable entre las intenciones del autor y cómo en realidad se expresa en su escritura; 2) el entendimiento deficiente de los lectores que están más seducidos por el placer del signo (en tanto significante) que por su significado; 3) la necesidad de mezclar el propio mensaje didáctico con elementos ajenos a él con el objetivo de atraer a los lectores y 4) los errores que se cometen al copiar textos escritos. Hecho lo dicho, concluiré con el análisis de un ejemplo particular como ilustración del modo en que este proceso se lleva a cabo.

En un trabajo de reciente publicación (de Looze, 1995) discutí que la arbitrariedad de la relación significante-significado en el mundo de los asuntos humanos socava la fluidez hermenéutica que caracteriza las acciones e interpretaciones de Patronio.⁴ En su prólogo, don Juan Manuel sostiene que cada

2. La cuestión de la autoría de don Juan Manuel respecto al «Prólogo general» en tercera persona y la primera persona del Prólogo propiamente dicho de *El conde Lucanor*, ha ocasionado más de un acalorado debate. Germán Orduna, Gimenez Soler y Alan Deyermond han respondido a esta problemática. Para un resumen de las varias posiciones y nuevas sugerencias ver la edición *El conde Lucanor* de Reinaldo Ayerbe-Chaux: 15-17.

3. En los últimos años, el término *différance* de Jacques Derrida ha sido producto de mucho uso y abuso. Utilizo este concepto de acuerdo a la descripción de Derrida en «La Différance» y posteriormente en *Positions* (especialmente 38-40).

4. En mi artículo enfatizo el hecho de que Patronio es un excelente intérprete que «solamente sabe» pero cuyo método hermenéutico nunca está claro y por lo tanto no puede ser enseñado. También es importante notar que aun la habilidad intuitiva de Patronio se ve viciada como se muestra en el ejemplo III cuando, por un momento, él duda al sospechar que Lucanor pudiera estar tratando de engañarlo.

cara humana es única y por tanto responde a la unicidad de la voluntad humana, cito textualmente: «las caras en sí mismas non semejan las unas a las otras» (Blecua, 1985:48).⁵ Dicha aseveración se deshace con el ejemplo final donde un rey y un pobre intercambian lugares y ni siquiera los más cercanos al rey reconocen su cara. El ejemplo LI, considerado por algunos como el epílogo, ilustra que no hay significante que no esté exceptuado de ser atrapado, apropiado o explotado por un contexto social o sea, por la retórica. De modo que la esperanza del Prólogo general, en cuanto a que *las caras* (o los signos) puedan existir «en sí mismas», queda trunca. Así como los semiólogos contemporáneos están listos en señalar que el signo sólo tiene sentido en relación con otros signos, el mismo San Agustín había reconocido la constitución social en la significación de los signos que en nuestro caso son *las caras*. Por más que don Juan Manuel quiera discutir que el significado nace naturalmente desde adentro, el ejemplo LI muestra que no existe un lazo orgánico entre el significante y el significado, dado que el sentido se ve siempre investido socialmente.

1) LA DISTANCIA ENTRE LAS INTENCIONES DEL ESCRITOR Y LA EXPRESIÓN ESCRITA

Don Juan Manuel parece percibir desde el principio que la arbitrariedad de la relación significante-significado tiene serias implicancias para el escritor, especialmente cuando éste es didáctico. Aunque para don Juan Manuel, el lector ideal sería aquél que impecablemente entendiera y tradujera el texto escrito en acción («Este libro fizo don Iohan, fijo del muy noble infante don Manuel, deseando que los omnes fiziessen en este mundo tales obras que les fuessen aprovechosas de las honras» [Blecua, 1985: 45]), inevitablemente, el proceso del *translatio* introduce diferencias, siendo el propio proceso de la escritura la más clara evidencia. Más aun, la obra nunca puede representar otra cosa que no sea una ficción de semejante traslación. Aunque se nos dice al final de cada anécdota que «Patronio fizolo assí, y fallósse ende bien», la supuesta traslación de las enseñanzas de Patronio a una praxis diaria es sólo parte de la ficción narrativa, dado que ni Patronio ni el Conde Lucanor existen fuera de la obra de ficción.

En el Prólogo general, don Juan Manuel asevera que en sus *entenciones* abriga la Verdad, por sobre todas las cosas. Para llevar a cabo y transmitir su verdad debe trasladar o traducir sus intenciones en significantes lingüísticos de

5. De aquí en adelante todas las citas corresponden a la edición *El conde Lucanor* de José Manuel Blecua.

la escritura. Entonces, aparece la pérdida inevitable; la diferencia se hace presente y el texto escrito se ve teñido por el primer desprendimiento que, en realidad, ha estado allí antes de que la pluma tocara el pergamino. Cito:

Pero, desde que vieren los libros que él fizo, por las menguas que en ellos fallaren, non pongan la culpa a la su entención, mas pónganla a la mengua del su entendimiento, porque se atrevió a sse entremeter a fablar en tales cosas. (Prólogo general, Blecua, 1985:46)

La incapacidad para entender («mengua del su entendimiento») ocasiona la imposibilidad de un texto escrito sin errores, a pesar de la naturaleza sin culpa de sus intenciones («entención»). Mucho antes de que una gota de tinta sea derramada en la página, el significante se ha quedado corto a las intenciones del significado.

2) LA DEFICIENCIA EN EL ENTENDIMIENTO DEL LECTOR

Un segundo orden de *semejança* es introducido y para divulgar su palabra didáctica, don Juan Manuel tiene que trasladarla/traducirla en una serie de aproximaciones (*semejanças*), o ejemplos, dado que muchos lectores (y en especial aquellos «non letrados», a quienes específicamente dedica *El conde Lucanor*) no perciben la verdad si ésta se presenta demasiado directa:

Et porque [a] muchos omnes las cosas sotiles non les caben en los entendimientos, porque non las entienden bien, non toman plazer en leer aquellos libros, nin aprender lo que es escripto en ellos. Et porque non toman plazer en ello, non lo pueden aprender nin saber así commo a ellos cumplía. (Prólogo a *El Conde Lucanor*, Blecua, 1985:49)

Consecuentemente, tenemos aquí un segundo desprendimiento en la escritura del texto. El *décalage* de la *semejança* hace que la falta del propio entendimiento de don Juan Manuel se avenga a aquél del lector.

3) LA NECESIDAD DE MEZCLAR EL MENSAJE DIDÁCTICO CON ELEMENTOS DE PURO PLACER

Una vez comenzado el oscurecimiento de la página por la pluma, otros problemas similares plagan el proceso de la escritura. Para atraer la atención de sus lectores, don Juan Manuel debe escribir un texto de placer («pla-

zer»); pero una vez hecho esto, el placer de la narrativa amenaza con destruir el mensaje didáctico. Por lo tanto, don Juan Manuel se propone actuar «segund la manera que fazen los físicos» y compara el placer de su texto con «las cosas dulces [que se] mezcla[n] con aquella melezina» como, por ejemplo, la cura de un hígado enfermo. Puesto que el hígado se ve «naturalmente» llamado a lo dulce, esta natural atracción también provoca un encuentro con la medicina. De ahí que don Juan Manuel piense que el lector, inclinado a los dulces «semejantes» a su texto, recibirá la medicina del didactismo. Cito:

Et a esta semeiança, con la merçed de Dios, será fecho este libro, et los que lo leyeren [si por] su voluntad tomaren plazer de las cosas provechosas que y fallaren, será bien; et aun los que lo tan bien non entendieren, non podrán escusar que, en leyendo el libro, por las palabras falagueras et apuestas que en él fallarán, que non ayan a leer las cosas provechosas que son y mezcladas, et aunque ellos non lo dese[e]n, aprovecharse an dellas, así commo el figado et los otros miembros dichos se aprovechan de las melezinas que son mezcladas con las cosas de que se ellos pagan. (Prólogo al *El Conde Lucanor*, Blecua, 1985: 51)

Don Juan Manuel crea esta metáfora medicinal (en realidad, otra *semejança*) para explicar por qué necesita vestir su mensaje con «palabras falagueras» para ser escuchado. Con el afán, pues, de llegar a aquellos lectores que no se deleitan con la enseñanza didáctica, se introduce el placer del texto escrito. No obstante esto, la mera inclusión de dicho placer arriesga el peligro de que esos mismos lectores sólo se queden en el nivel hedónico de la lectura. Desde el momento en que no hay lazo orgánico que ligue el signo lingüístico con la enseñanza didáctica que quiere significar, el lector puede disfrutar («fruor») las cifras escritas en vez de usarlas («utor»). El proceso, por lo tanto, de hacer más seductor al significante con el objetivo de llegar al significado intencionado queda incompleto. Más aun, la insistencia de don Juan Manuel en la dulzura de la miel en la oposición «miel/medicina» necesariamente sugiere el amargor de la última. Visto esto, el autor crea la analogía de que la miel es al sabor amargo de la medicina como las dulces palabras («palabras falagueras») lo son para el didactismo. Sea cual fuera su intención, no cabe duda de que el propio don Juan Manuel se deja seducir por el significante ya que trata el didactismo como una píldora amarga.

Si bien hay algunos lectores a quienes les gusta el didactismo y gozan de él, «muchos omnes...non toman plazer en leer aquellos libros, nin aprender lo que es escripto en ellos» (Blecua, 1985:49) manifiesta don Juan Manuel, quien piensa que sólo con «palabras falagueras» el didactismo se hará presente «aunque ellos non lo dese[e]n» (Blecua, 1985:51). El uso intencionado o no del verbo «desear» expresa inevitablemente el impulso del deseo hacia el placer del

significante en detrimento del significado didáctico. No hay duda de que la preocupación mayor de don Juan Manuel es cautivar a aquéllos que leen por el placer del significante y por ende son el tipo más peligroso de lector. Pero no hay escapatoria al «engaño benevolente» («pius dolus») del significante literario al que hace referencia un contemporáneo de don Juan Manuel, Ricardo de Bury, en su *Philobiblon*, donde discute el problema de los lectores que no gozan al aprender («non...delectantur addiscere») y cito:

Idcirco prudentia veterum adinvenit remedium, quo lascivum humanum cape-
retur ingenium quodammodo pio dolo, dum sub voluptatis iconio delicata Minerva
delitesceret in occulto. Muneribus parvulos assolemus allicere ut illa gratis ve-
lint addiscere, quibus eos vel invites intendimus applicare. Non enim natura co-
rrupta eo impetu, quo prona se pellit ad vitia, transmigat ad virtutes.. (ed. E.
C. Thomas, 1960: 124-126)

Cuya traducción personal reza así:

A ese respecto, la sabiduría de los mayores inventó un remedio por el cual se podía atraer la mente lasciva del ser humano con una especie de engaño benevolente: la delicada Minerva escondiéndose en secreto bajo la máscara del placer. Solemos seducir a los niños con recompensas, de modo que deseen aprender con deleite aquello que forzamos que estudien aunque no quieran, dado que nuestra naturaleza corrupta cede mas rápido al vicio que a la virtud.

4) LOS ERRORES QUE SE COMETEN EN LA REPRODUCCIÓN DEL TEXTO

No bien tomada la pluma, don Juan Manuel debe entregarse al peligroso juego de las *semejanças*, en el que cada sustitución señala un paso más distante respecto al significado ideal. En consecuencia, es de suponer, que igual peligro afectará a la escritura completa del texto.

Luego de mencionar el juego de aproximación y sustitución por medio del cual «qualquier cosa que acaezca a qualquier omne...[encuentra]...en este libro su *semejança* que acaesció a otro» (Blecua, 1985:45, lo subrayado es mío), don Juan Manuel pasa a otra serie más profunda de *semejanças* que caracteriza el proceso de la escritura. Cito el ya conocido pasaje en el que el autor lamenta el hecho de que es inevitable incurrir en errores al copiar su texto:

Et porque don Iohan vio et sabe que en los libros contesçe muchos yerros en los

trasladar, porque las letras semejan unas a otras, cuydando por la una letra que es otra, en escriviéndolo, múdasse toda la razón et por aventura confóndesse... (Blecua, 1985: 45-46)

Los «errores» consisten aquí en la sustitución de nuevas *semejanças*-aproximaciones que al nivel del significante son casi exactamente las mismas. Sin embargo, el salto de la diferencia amenaza con la posible pérdida de control del sentido. Paladín de la poética de las sustituciones de lo «semejante», don Juan Manuel sabotea su propio recurso al condenar los errores que nacen de igual proceso. Inmerso en la tradición filosófica que resiente la dependencia de los signos escritos para diseminar sus ideas, don Juan Manuel depende de la diseminación de su texto a través de un escriba y así todo, le gustaría restringir tal proceso. Se ve atrapado entre el deseo de publicar y el de *no* publicar. Sólo podrá transmitir el sentido a su audiencia-lectores si acepta un proceso que paradójicamente corrompe dicho sentido.

A modo de antídoto a esta amenaza, don Juan Manuel ruega al lector que no considere al texto como definitivo, y aun más importante, que no lo culpe por aquello que el texto pudiera parecer decir y cito: «fasta que bean el libro mismo que don Iohan fizo, que es emendado, en muchos logares, de su letra». (Blecua, 1985: 46). Nuevamente, el supuesto texto ejemplar se ve viciado, o como él mismo dice: «emendado en muchos logares». En el momento en que reclama haber corregido muchos errores, se abre la posibilidad de que muchos otros queden intactos. Después de todo, ni el más eficiente corrector de pruebas puede descubrir todos los yerros. A esto habría que agregar el hecho de que el propio don Juan Manuel admite que la versión de su manuscrito no puede igualar a aquello que él intentó decir. Este llamado a la autoridad y estabilidad del texto es un recurso más retórico que real, claro está. De todos modos, un cotejo entre un manuscrito más imperfecto con uno que lo es menos no nos daría la seguridad de saber lo que el texto quiere significar.

La conjunción del temor y la dependencia en el significante-o escritura, si se quiere-queda ilustrada en un gran número de ejemplos de *El Conde Lucanor*. No obstante, me centraré en el ejemplo *xxxii*: «De lo que contescio a un rey con los burladores que fizieron el paño». Esta versión del cuento folklórico sobre el «emperador con vestido nuevo» muestra muy bien la condición del hombre que no puede desprenderse de la mediación del signo ni tener fe en las *semejanças* de la escritura.

Sabemos que la tradición del vestido como metáfora de la textualidad (todavía permanece en la etimología de texto/textura/tejido) se remonta a Platón y está ligada a los problemas de *translatio*. Para Cicerón las sustituciones metafóricas (*verbi translatio*) son análogas al vestido (*vestus*) (*De oratore* III, xxx-

viii, 155). Para San Ambrosio, el lenguaje retórico es como el primer vestido del hombre o sea, la hoja de parra con la cual el pecador desea cubrirse o de lo contrario lo hará con palabras vacías (*De paradiso* XIII, 65). En su *Poetria Nova*, Godofredo de Vinsauf compara un texto escrito pobremente con una indumentaria mal hecha. Para Alberic de Montecassino (*Flores de rhetorici* II, 5, 35) una buena historia debe ser cosida correctamente, «nil diversis planniculis...consutum» (no cosida con distintos paños). Finalmente, para Mateo de Vendome, los malos escritores son «assutores pannorum» o sea, gente que remienda parches y a quienes el autor excluye como lectores de su obra (prólogo de *Ars*: 7).⁶

Podría seguir con más ejemplos pero pienso que éstos son suficientes para considerar que la cuestión de escritura y textualidad está enraizada en el cuento de los *burladores* de *El conde Lucanor*, quienes crean la ficción de un paño sin costuras. No obstante, es significativo que en este cuento no haya paño alguno, por ende, no hay texto concreto así como tampoco hay significantes. En cambio, los textos/tejidos son reinventados totalmente por medio del contexto social. Esta recreación de los significantes, aun cuando pareciera no haber ninguno, confirma las teorías de San Agustín respecto a la naturaleza social tanto del pecado como de la significación. El hombre, incapaz de superar el significante, condición *sine qua non* de su existencia, convierte la mera falta de significantes en un signo, un texto. De acuerdo con los *burladores*, en los *paños* se pueden leer numerosos hechos históricos. Cito:

los maestros...estavan texiendolo [los paños] et dizían: «Esto es tal labor, et esto es tal ystoria, et esto es tal figura, et esto es tal color...».

Es más, el paño es supuestamente un texto de la propia genealogía. O más precisamente, se puede decir que los *burladores*, mediante un recurso retórico, han establecido el consenso por el cual cualquier lectura que se aleja de su «interpretación ortodoxa» será leída como el significante de una genealogía invalidada.

Cabe aquí notar que en la Edad Media existía una fuerte conexión entre escritura y genealogía, relación que ha sido magistralmente desarrollada por Alanus Insulis en *Planctus Naturae*. Para el teólogo francés, la gente que se resiste a escribir la línea genealógica con una gramática correcta semeja a aquellos que crean barbarismos en los textos escritos, siendo los homosexuales agen-

6. Debo el uso de algunos de estos ejemplos a la excelente discusión que Jill Ross hace en su tesis aún no publicada, «Corporeality and Textuality in Selected Medieval Hispanic Texts».

tes de esta disparidad.⁷ Los *burladores*, en nuestro caso, invierten retóricamente esta ecuación y declaran que aquéllos que no aceptan la versión «correcta» del *textus* deben tener una falla en su línea genealógica. La «transparencia» de un mundo sin significantes sólo puede ser una decepción en este mundo postedénico; de hecho, a un «nivel mítico» (como lo llamaría Roland Barthes), esa misma transparencia resulta ser un significante social de la «pureza», en términos de una escritura genealógica. El cuento registra los riesgos del engaño de toda escritura, incluso los de querer prescindir de los significantes de ésta. La vergüenza y el *engaño* vuelven a escribir el texto/tejido y restauran un estrato de significación en el cual pareciera no haber significantes. No hay nada más emblemático de la condición humana que la falta de significantes transformada en un signo revelador.

Cosa sabida es que la falta de paño (texto) y el modo en que esta falta se ha convertido en un texto significativo sólo se manifiesta cuando «un negro...que non avia que pudiesse perder» (Blecua, 1985:190) decide hablar. El negro, marginado del consenso social del signo, puede ver la convención arbitraria de los *burladores*, quienes han logrado dar al paño la condición de texto, allí donde no existe un lazo orgánico entre paño como significante y la propia genealogía como significado. El sentido aparece completamente como resultado de una convención social. Una vez que la convención se rompe, el texto no puede seguir significando lo mismo. Paradójicamente, la inclusión de un suplemento extraño (o sea, la del negro que está fuera de las convenciones sociales de significación y por lo tanto ajeno al sentido), hace posible acercarse a la verdad («conocer la verdat» [Blecua, 1985: 190]).

Las consecuencias de esta «lógica de la suplementariedad», como la llamaría Jacques Derrida, son bastante significativas. Sólo el elemento extraño, fuera del consenso del signo, revela el peligro y el error que supone un sistema de signos perfectamente corriente y aprobado por todos sus miembros. En este sentido, don Juan Manuel coincide bastante con el episodio de los griegos y romanos de su contemporáneo Juan Ruiz, donde un entendimiento perfecto de todos y cada uno de los signos pudiera indicar, precisamente, un completo desentendimiento. Como ya he sugerido, la distancia producida por la *semejança* de la significación puede quedar abierta a una manipulación retórica, pero también tiene el propósito de hacer presente al intérprete que toda significación humana es sólo una aproximación. En el ejemplo xxxii, el rey y sus súbditos corren peligro al creer que el paño-texto es un significante natural y no convencional, condición esta última, irrefutable, desde el momento que se

7. Ver también Quintiliano, *Institutio oratoria*, v, xii, 20.

trata de un signo diseñado por los humanos. Los comentarios del negro, pues, revelan la convencionalidad del signo, o dicho de otro modo, que la falta de signos en este caso, es el mero signo de la convencionalidad.

Me pregunto, entonces, si acaso la gran distancia que existe entre el problema planteado por Lucanor en el ejemplo y el cuento relatado por Patronio no sea una advertencia para que, nosotros lectores, estemos conscientes de la distancia diferenciadora entre significante y significado. En varias ocasiones existe un desliz entre el dilema expuesto por Lucanor y el cuento de Patronio o entre el relato de éste y el resumen de los versos finales. Sin duda alguna, el episodio de los *burladores* trata del *engaño* pero no necesariamente reduplica el problema de Lucanor, en el que una persona le ha prometido darle información a cambio de mantenerla en secreto. Por el contrario, la anécdota de Patronio trata de lo que pasa cuando no se quiere reconocer lo evidente porque en ello se ponen en juego las consecuencias sociales de semejante reconocimiento.

Me parece inconcebible que don Juan Manuel no estuviera consciente del salto diferenciador entre la situación inicial de Lucanor y el cuento *semejante* de los *burladores*. Por lo tanto, propongo que el salto o vacío producido aquí forme parte de la reflexión de don Juan Manuel sobre el proceso de la escritura y sobre todo, el proceso aproximativo de la significación. La sustitución de un signo por otro —el cuento de los *burladores* por la situación inicial del conde— deja un espacio y ese espacio, similar a la intromisión del negro, es señal de las dificultades inherentes en el proceso humano de la significación.

Siempre habrá una pérdida de sentido en este proceso de significación. El texto escrito nunca podrá traducir perfectamente las intenciones del autor, ni el lector podrá entenderlo en su totalidad. Es más, siempre estará contaminado por elementos extraños y expuesto a cambios. De algún modo, la anécdota de los *burladores* pasa revista de todas estas cuestiones desde una posición similar (me atrevería a decir *semejante*), a saber: el cuento no traduce perfectamente la situación inicial; se trata de una masiva falta de lectura; ésta se resuelve con la intrusión de un elemento ajeno y como resultado se produce un cambio radical.

La lección, entonces, es que debemos estar atentos a los peligros subyacentes que conlleva la escritura. En última instancia, don Juan Manuel nos muestra que los elementos contaminadores y foráneos que cuestionan el sentido de la escritura son también los mismos que la pueden salvar, dado que son ellos los que nos ponen en aviso sobre las trampas del texto. La más severa de las didácticas fallará sin la inclusión de un placer peligroso, aun cuando el placer literario lleve en sí el riesgo de que el lector rechace todo didactismo. Del mismo modo, el ejemplo xxxii nos advierte, por medio de las observaciones del elemento extraño, que un consenso social perfecto es un producto de la retó-

rica y no de la significación. Sin hacer uso de la terminología de la filosofía moderna y, de algún modo invalidando la novedad de la «lógica de la suplementariedad» derrideana, don Juan Manuel revela una profunda reflexión sobre muchos de los mismos problemas sobre el lenguaje, la escritura y la significación que la teoría actual lleva a cabo.

(traducido por Rosa Sarabia)

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERIC DE MONTECASSINO (1938): *Flores rhetorici* (ed. D. M. Iguanez y H. M. Willard): *Miscellanea Casinense*, 14: pp. 33-59.
- AMBROSIO, SAN (1836): *De paradiso* (ed. D.A.B. Caillou y D.M.N.S. Guillon), en *Opera omnia* vol. 1, Parent Desbarres, París.
- AYERBE-CHAUX, Reinaldo (ed.), (1983): *Don Juan Manuel. Libro del Conde Lucanor*, Alhambra, Madrid.
- BLECUA, José Manuel (ed.), (1985): *Don Juan Manuel. El Conde Lucanor*, Clásicos Castalia, Madrid.
- BURKE, James (1989): «Counterfeit and the Curse of Mediacy in the *Libro de buen amor* and the *Conde Lucanor*», en *Discourses of Authority in Medieval and Renaissance Literature*, ed Kevin Brownlee and Walter Stephens, University Press of New England, Dartmouth, pp. 203-215.
- DERRIDA, Jacques (1972a): «La Différance», en *Marges de la philosophie*, Les Éditions de Minuit, París.
- (1972b): «La Pharmacie de Platon», en *La Dissémination*, pp. 69-197, Seuil, París.
- (1972c): *Positions*, Les Éditions de Minuit, París.
- DE LOOZE, Laurence (1995): «Subversion of Meaning in Part I of *El Conde Lucanor*», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 19, pp. 341-355.
- GODOFREDO DE VINSAUF, (1924) *Poetria nova* (en Edmond Faral, (ed.), *Les Arts poétiques du XII^e et XIII^e siècle*, pp. 194-262), Champion, París.
- MATEO DE VENDÔME, (1924): *Ars versificatoria* (en Edmond Faral, (ed.), *Les Arts poétiques du XII^e et XIII^e siècle*, pp. 109-193), Champion, París.
- QUINTILIAN (1921): *Institutio oratoria*, H. E. Butler ed. y trad., 4 vols., Harvard University Press, Cambridge MA.
- RICARDO DE BURY (1960): *Philobiblon* ((ed.) E.C. Thomas), Basil Blackwell, Oxford.
- ROSS, Jill (1992): «Corporeality and Textuality in Selected Medieval Hispanic Texts, ca. 400-1350» (tesis de doctorado no publicada), University of Toronto.